

segundo hablando como si el gesto viera plenamente integrado en la normalidad familiar. Probablemente lo está.

En el campo hay mucha animación. Diana se despierte de su marido, citándose

mañana de domingo como ésta. Maragall, el alcalde de la bici. Se monta en ella y se deja deslizar calle de Esteve Terradas abajo. La embriaguez del descenso le lleva

29-5-95

El concejal Roca

ARCADI ESPADA

El perdedor mueve las manos, las balancea, el perdedor ensancha lo que puede los labios, por si saliera la sonrisa, pero la sonrisa más que fluir explota, revelando su raíz de mueca. El perdedor tiene la cara encendida: de los focos, tal vez, o del fuego de dentro. El perdedor se pone sentimental y nada quiere saber de la política, ni de sus cálculos, ni de sus análisis. El perdedor no sabe por qué ha perdido —“ay, si lo supiera”, dice con un radical y muy encomiable sentido común—, no sabe qué ha fallado ni dónde, en qué palabra o en qué esquina. Llega y dice el perdedor, yo hice lo que pude y las gentes lo comprenden hasta el punto en que la derrota del otro se mezcla con la propia.

Una molestia, un unto se le ha pegado a este hombre. Sus tres aventuras políticas más estrictamente personales han acabado todas como esta noche. Perdió en el reformismo, perdió su pulso con Pujol y ahora ha perdido al medirse con Pasqual Maragall. La primera de esas noches dijo: “Esto no es una derrota, es un rechazo”. La segunda dijo: “Sé que quizá no es muy digno volver en estas condiciones a la secretaria general de Convergència”. Y la tercera ha dicho: “He perdido, estoy triste”. Ha ido afinando su declaración de derrota. No debería sonar a sarcasmo: ha aprendido a perder.

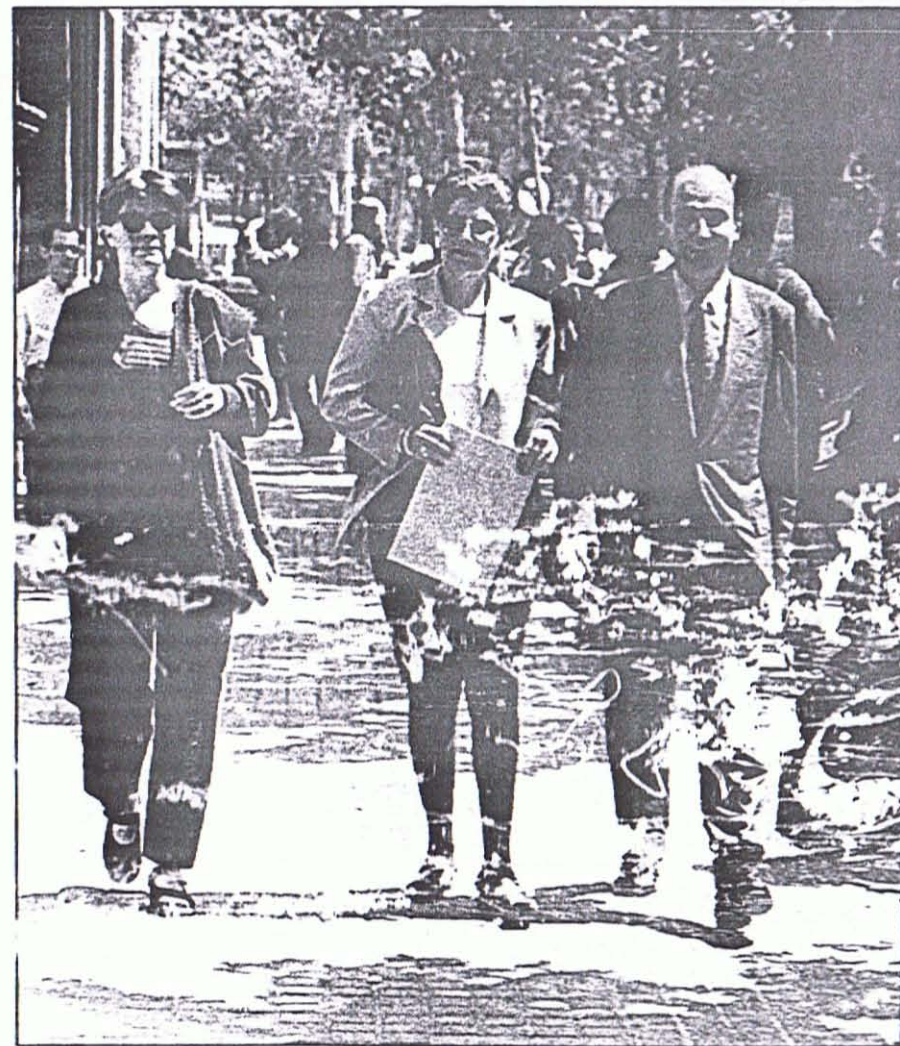
Roca, a medianoche, sobre el estrado de la decepción: a su izquierda Duran Lleida, impassible, más parecido que nunca a su máscara. A su derecha, Pujol, nervioso, ronco e irritado. El perdedor lo había dejado todo por Barcelona: nunca un eslogan reflejó con mayor desolación una circunstancia personal. ¿Quién pedía has-

ta ayer en Barcelona el voto de la piedad?

Hasta llegar a la medianoche, el concejal Roca se había levantado tarde, como todos los domingos, había hablado poco y desayunado despacio y leve. Había salido de su casa en la calle de Provença, muy cerca del paseo de Gràcia. Votó en el Museo de la Música, en Rosselló con Diagonal. Nada, un tiro de piedra. El Eixample es desde hace muchos años su territorio vital. Aquí acumula casa —hace unos años le dejó a su hijo el piso de Gaudí—, aquí hasta entonces ocurren los pactos —todos, los de Convergència, los de Minoria Catalana—, aquí acumula voto y sede electoral. Todo, pues, pasó aquí.

Llegó al colegio electoral desde la acera de enfrente. Con su mujer, su hija y su jefa de prensa. Oteó el horizonte de fotógrafos, de periodistas en guardia que cumplían, como el candidato, su última misión de campaña. Sus declaraciones tuvieron un punto de beligerancia imprevisto: “Espero y deseo que esta noche podamos celebrar la victoria para que Barcelona empiece una nueva etapa que se corresponda con el momento de cambio que se está viviendo en todo el mundo”. Cuando dijo *en todo el mundo*, sólo algún periodista parpadó. Los párpados de Roca siempre quedan inmoviles en circunstancias como ésta.

Ya no hablaría para la prensa hasta la noche. Con todo decantado. Pasó el brazo por encima del hombro de su mujer y echó a andar hasta el paseo de Gràcia. No quería ni fotógrafos en su camino. Hay libros, feria de libros en el paseo y se detuvo en algún puesto, brevemente, por obligación, rozando la desgana. Su destino era velar. Lo haría primero en el hotel electoral y luego en la



ANTONIO ESPEJO

Miquel Roca y su esposa, en el Eixample.

sede del partido. A partir de la seis, la nariz del concejal Roca se afiló y empezó a oler la inminencia. La olió con su nariz muy entrenada, con los fax confidenciales que le llega-

ban, con el rumor de los primeros votos

protestados. Debió de ser un momento de órdago: secreto, intransitivo. La derrota tiene esos dos únicos atributos.